

EDUCACION ESTETICO - SEXUAL COMO PROFILAXIA DEL ONANISMO (*)

El onanismo, siendo el más importante problema de la niñez y de la juventud, constituye solamente una manifestación del instinto sexual y debe englobarse en las cuestiones que éste plantea.

El instinto sexual ejerce una influencia sutil sobre la personalidad y su desarrollo progresivo y se beneficia, según BLATZ, de la regulación correcta de los restantes apetitos (hambre, sed, eliminación, descanso y cambio). La actividad aparentemente súbita de las manifestaciones anatómicas y fisiológicas sexuales que tiene lugar al llegar la pubertad si es más dramática, no es más importante que el lento y progresivo desarrollo de las mismas durante los años de crecimiento. Los factores fisiológicos que intervienen en estos procesos son más bien oscuros aunque parece ser que las conexiones nerviosas necesarias para las experiencias sexuales sensoriales se hallan presentes ya en el momento del nacimiento; sin embargo, la función fisiológica en su pleno rendimiento no aparece hasta el completo desarrollo de las estructuras que condicionan la pubertad.

Como se ha determinado, las prácticas sexuales son excepcionales en la primera infancia y el interés hacia esta esfera disminuye notablemente durante la «edad escolar». Debemos aceptar la idea de LOOSLI-ÜSTERI de que en la infancia propiamente dicha el instinto de conservación desempeña un papel mucho más importante que el sexual, ya que se piensa que éste no tiene, en esa edad, la importancia que FREUD y su escuela le han atribuido y que juntamente con el social son los menos poderosos en las primeras épocas de la vida para ir aumentando su actividad con el desenvolvimiento de la personalidad.

En el periodo de la pubertad se halla el momento crucial del desarrollo sexual y en él pueden aparecer prácticas heterosexuales, aunque son extremadamente raras y no deben considerarse, en general, como actos delictivos, sino como consecuencia de una educación desafortunada, bien en la esfera sexual o en los otros sectores apetitivos.

Los fenómenos realmente importantes de esta edad son la aparición de la conciencia del sexo en el más amplio sentido y la curiosidad sexual; ésta, que fué el rasgo dominante en los primeros años y que se hallaba como adormecida después, se despierta ahora y obliga al muchacho a buscar explicaciones a los problemas que en esta esfera se le plantean si no le son proporcionadas por los padres o personas calificadas. En esta época son abandonadas por absurdas las

(*) Accésit del Concurso de Premios de la Sociedad Española de Higiene. Madrid, 1950-51.

primitivas teorías infantiles acerca del nacimiento y son substituídas por otras más o menos aproximadas a la realidad; también la zona genital aumenta en importancia mostrando la suficiente capacidad de autoerotismo para manifestarse en la masturbación.

FRAMER denomina «periodo de espera sexual» al que transcurre desde la pubertad, momento del comienzo de la maduración sexual, hasta la época de la vida en que la sociedad civilizada autoriza la práctica del acto sexual fisiológico; en este periodo puede hallarse, de una manera más o menos general, el onanismo como única o principal manifestación sexual.



STANFORD READ refuta la opinión de que la psicología médica moderna ha aumentado indebidamente la importancia del sexo en los desarreglos psíquicos y en la delincuencia infantil y señala que aquellos que están dedicados a la readaptación de los diversos desequilibrios emocionales que suelen afligir al joven comprueban la importancia de los factores sexuales y de la defectuosa educación en dicha esfera.

En algunos países se atiende con interés, desde hace algunos años, a estas cuestiones. En los Estados Unidos de América se creó en 1922 el Consejo Nacional de Investigación, del que formaron parte CANNON, DAVIS, CONKLIN, SALMÓN, YERKES y LILLIE, con el fin de estimular, dirigir y coordinar las investigaciones sobre los problemas de la sexualidad; GALLOWY ha dado una serie de lecciones sobre higiene sexual en la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Nueva York y KLARKOWSKI, ADAIR, ROBERTSON y COATH pronunciaron en Chicago una serie de conferencias para instruir a los padres de los alumnos de las escuelas públicas en problemas relacionados con la sexualidad. En el primer Congreso de Higiene Mental celebrado en Nueva York en 1930, se trataron asimismo importantes cuestiones pertenecientes a esta esfera lo mismo que en sendos Congresos sobre educación sexual celebrados en Berlín y Roma en 1921. En Italia, bajo la presidencia de MINGAZZINI, funciona una Asociación dedicada al estudio de los problemas sexuales. En España, además de trabajos de MARAÑÓN, PIQUER, ROURA y algún otro autor, son interesantes las conclusiones elaboradas sobre la ponencia de XIRAU y LAFORA por la V Asamblea de la Liga Española de Higiene Mental, celebrada en Granada en 1932 que todavía son de aplicación en la actualidad en su mayor parte.

En general, puede estimarse como acertada la afirmación de ROURA de que la organización escolar y educativa no presta ninguna atención a la pedagogía sexual considerando al niño como desprovisto de sexo. MARAÑÓN se lamenta de que el noble instinto de la reproducción se convierta, en manos de los hombres, en fuente de interminables desdichas, ya que el niño al acudir a los padres o maestros en el momento de la aparición del instinto sexual, sólo logra, en respuesta a sus inquietudes, una explicación vaga llena de equívocos con la perspectiva de pecados antes no conocidos; en la juventud, la respuesta del ambiente

es una maxima moral o un consejo higiénico llenos una y otro de pavorosas amenazas para la salud del cuerpo y del alma.

Deben señalarse algunos motivos en que, por lo general, se fundamenta la necesidad de una educación sexual adecuada. En primer lugar, al niño se le da una amplia oportunidad para ejercitarse en los restantes apetitos, cosa que se le niega para el sexo; en segundo lugar, es corriente para los otros instintos planear una pauta educativa, más o menos sistematizada, mientras que la educación sexual sólo raramente se somete a un plan adecuado; finalmente, mientras en la época de la madurez de los restantes apetitos se interponen muy pocas restricciones, para el sexo no sólo se limita su satisfacción, sino que se propugna su inhibición completa hasta el momento en que se concede autorización para el matrimonio que, además, se da con completa independencia del momento en que el individuo consigue su madurez. Estas formulaciones no deben ser tomadas como una crítica de las costumbres sociales o como sugeridoras de cambios en las mismas; son únicamente razones que justifican la necesidad de modificar el sistema de educación de los niños con respecto a la sexualidad. Puesto que se vive en una civilización monogámica y la castidad antes del matrimonio y la fidelidad después del mismo constituyen formas ideales de adaptación social el problema no consiste en determinar el cambio de estas costumbres—que son básicas para el fundamento de la familia y de la sociedad humana—, sino en procurar instituir un sistema de educación que adapte más satisfactoriamente al niño al esquema de vida en el que tiene que desenvolverse.

La equivocada educación respecto al sexo hace que los padres inculquen en sus hijos la idea de que todo lo relacionado con él es malo o pecaminoso, lo que da lugar a la asociación de ambas nociones sin que las tendencias sexuales pierdan su atracción; del mismo modo deben desecharse, en una correcta educación sexual las amenazas de mutilación, el misterio que rodea todo lo referente a esta esfera, la información médica defectuosa y la proporcionada por la mayoría de los libros de divulgación que atribuyen al onanismo la producción inevitable de graves enfermedades corporales y psíquicas.

El instinto sexual no nace, como ya hemos señalado bruscamente, sino que puede manifestarse en alguna forma ya en edades tempranas; por ello la instrucción sexual debe empezar antes de la llegada de la pubertad, aunque en ésta y más adelante se necesite ampliar la educación con conocimientos más adaptados a estas edades.

En esta «*aclaración sexual*» no se pueden seguir reglas fijas e inmutables; OPHUIJSEN señala que si las explicaciones son recibidas con indiferencia o aversión debe pensarse que han llegado demasiado tarde; es conveniente hacerlas cuando el niño pregunta, pero si esto no ocurre deben iniciarse al entrar en el periodo del interés, apreciable por sus juegos o por sus constantes preguntas de ¿cómo? y ¿porqué?

BLATZ, WOOLEY y otros autores piensan que los niños, a partir de los cuatro años se interesan por la apariencia de las partes sexuales de su propio cuerpo, por los procesos de excreción, por las diferencias físicas entre uno y otro sexo y por el nacimiento de animales y niños. Se coincide actualmente en afir-

mar que los niños deben ver satisfecha su curiosidad sobre excreciones tan pronto como se plantea, enseñándoles un vocabulario correcto y lo más científico posible; igualmente se cree que no deben ponerse excesivas cortapisas en la apreciación de las diferencias físicas entre niños y niñas, retirando en lo posible el énfasis acumulado hasta ahora sobre esta cuestión.

Asimismo parece ser que muchos niños forman sus propias teorías sobre ciertas cuestiones sexuales en los primeros años de la infancia formulando preguntas para aclararlas o confirmarlas, por lo que las explicaciones deben empezar precozmente aunque deban darse paulatinamente y adaptándose al poder de comprensión del niño, sabiendo qué cantidades de conocimientos deben suministrarse para satisfacer en forma adecuada su curiosidad y su capacidad intelectual. ROURA plantea así las cuestiones que pueden ser formuladas por el niño: a) El origen de los niños y el papel de la madre; b) El hecho de la procreación y el papel de padre; c) La vida sexual del niño y las normas de su conducta. Propugna que, en general, al planteamiento del problema por el niño se le responda con una contrapregunta: ¿Cómo te imaginas tú que es eso? para comprobar la cantidad de conocimientos que posee y preparar una respuesta adecuada a ellos. Cuando el niño pregunta: ¿Dónde estaba yo antes de nacer? se afirma que queda, por lo común, satisfecho si se le contesta que dormía bajo el corazón de su madre; sólo más tarde preguntará: ¿Cómo salí?, a lo que se puede contestar que al ir progresivamente creciendo, cuando fué lo suficientemente grande fué separado de su madre por el médico, que lo trajo al mundo constituyendo este proceso el nacimiento. Esto, en general, satisface la curiosidad del niño que acepta la explicación simple y enteramente sin participación emotiva si la información se le proporciona de la misma manera. Puede, posteriormente, el pensamiento del niño, ir más lejos y plantear la pregunta que se refiere al papel del padre en la generación: ¿Cómo entré en el cuerpo de mi madre? Esta cuestión es más difícil de contestar y exige una preparación, tacto y sencillez que la mayor parte de las veces no existen en los padres; en edades tempranas señalar la analogía con plantas u organismos unicelulares carece de valor porque el niño no ha alcanzado todavía un nivel de desarrollo y de cultura que le permita comprenderlo; los padres, entonces, deberán apelar a toda su ingeniosidad y al conocimiento de los intereses de su hijo para desviar la cuestión hasta momento más oportuno o para encontrar alguna manera de sugerir nociones verdaderas en una atmósfera absolutamente desprovista de factores emocionales. En edades más avanzadas puede ser explicada la función del padre en la generación en relación con la gran ley de la Naturaleza, según la cual la reproducción de la especie, tanto en el mundo animal como en el vegetal, tiene lugar gracias a la unión del elemento masculino con el femenino, empezando con las plantas, siguiendo con los animales inferiores y terminando con los de organización superior sin conceder ninguna importancia al acto sexual propiamente dicho cuyas particularidades no deben ser objeto de descripción.

Poco antes de llegar al gran cambio que significa el establecimiento de la pubertad, las nociones sexuales deben ser ampliadas ayudando al muchacho a guardar una actitud correcta hacia las nuevas experiencias sexuales que ocurren

al llegar a esta época. Debe tenderse a prevenir las manifestaciones demasiado precoces o tempestuosas dirigiendo una parte de la energía hacia otras esferas de actividad adaptadas al individuo, procurando, al mismo tiempo, desviar la satisfacción que pueda encontrar en el onanismo.

La explicación de la verdad en lo que a la cuestión sexual se refiere en la adolescencia, evitaria la información callejera, siempre desagradable, sucia y peligrosa.

Nunca se insistirá bastante en la necesidad de que las explicaciones que se suministren a niños y jóvenes sean sinceras y se hallen desprovistas de todo énfasis y emoción procurando dejar saciada la curiosidad del interrogador; este proceder servirá, además, para crear una deseable relación de confianza y respeto mutuos entre padre e hijo. Ha de decirse aquí que el padre es el guía ideal del niño en lo referente a la esfera sexual debiendo encargarse de esta educación sin que haya de emplearse otro medio educativo salvo, naturalmente, en los casos de orfandad o de incompetencia de aquél. Muchas más veces de lo que parece ocurre esto resultando asombrosa la ignorancia, en lo referente al sexo, de personas casadas que sólo poseen conocimientos «instintivos» planteándose entonces la cuestión, muy importante, de quién debe ser encargado de llevar a cabo la «aclaración sexual». KAUDERS recomienda que el niño con anomalías sexuales sea sometido al cuidado del médico o del educador, ambos con conocimientos especiales que les permitan descubrir las anomalías existentes y combatirlas; por el contrario, el cuidado del niño normal hasta la pubertad debe ser reservado a la familia en lo que coincide con RANK que piensa que los padres son los naturales educadores de la vida emocional del niño mientras los maestros son los encargados del desarrollo de la vida intelectual; MARAÑÓN afirma que son sólo los padres y no ninguna otra persona, por sabia que sea, quienes poseen la máxima eficacia para dirigir al niño por los vericuetos del desarrollo sexual; y los padres de los alumnos de las escuelas públicas de Francia resolvieron una encuesta contra la introducción en ellas del estudio de los fenómenos de la reproducción humana por creer que la educación sexual corresponde a la familia. ROURA, por su parte, sostiene que si bien los padres son los encargados de dicha tarea, cuando son incapaces de afrontarla debe recaer sobre el maestro si cuenta con el permiso de aquéllos y posee vocación pedagógica y conocimientos suficientes; en este caso las orientaciones que el maestro proporcione de ninguna manera pueden ser colectivas, sino que deben limitarse al problema planteado por cada niño en particular; para ello precisan una especial instrucción que les permita desechar su concepción de sucio y vergonzoso de todo lo referente al sexo y los capacite para hablar de él de una manera sencilla y noble.

Así pues, si bien las primeras medidas de higiene sexual de la infancia deben dirigirse a la protección del niño contra experiencias sexuales precoces que pueden conducir a penosas consecuencias, es, al mismo tiempo, de particular importancia la educación sexual de la familia, muy difícil en la práctica, sobre todo en los niveles inferiores de la sociedad, no solo por falta de cultura, sino por circunstancias especiales del medio (hacinamiento, relajación de costumbres, etcétera). No puede pretenderse que todos los padres, especialmente en estas cla-

ses sociales, tengan los conocimientos necesarios para educar a sus hijos en estas cuestiones, aunque sería deseable. Mientras esto llega debe procurarse, por lo menos, que los médicos que se hallan en contacto con niños y los maestros posean los conocimientos suficientes para tomar medidas profilácticas hacia características infantiles (curiosidad impetuosa, tendencias sadomasoquistas y onanismo prematuro, entre otras) que todavía son consideradas por los padres y por muchos médicos como vicios monstruosos o como tendencias desastrosas para el desarrollo del niño.

En la pubertad es muy importante la educación sexual correcta ya que entonces ocurren fenómenos de decisiva influencia en la conducta sexual posterior. El educador debe estar bien provisto de conocimientos no sólo pedagógicos, sino psicológicos que le capaciten para tarea tan difícil en la que debe desplegar completa sinceridad y franqueza al discutir los problemas sexuales sin perjuicio de la dignidad y del sentimiento más profundo acerca de las relaciones humanas. Como dice KAUDERS se ha hablado demasiado a los jóvenes acerca de los peligros sexuales y de lo que está permitido y de lo que se halla prohibido; no se le dice, en cambio, que ha de esperar complicaciones al pretender adaptar su vida sexual al círculo en que se desenvuelve ni se le dan normas de conducta que puedan redundar en su beneficio y en el de la sociedad al conservar la salud individual y social.

Igualmente reviste gran interés la educación sexual en la adolescencia, época en la que aparecen sueños y fantasías diurnas, se verifica el primer contacto afectivo con el otro sexo, se realiza la primera selección amorosa y, principalmente, adquiere particular importancia el onanismo. Hay que enseñar a los adolescentes, si no se ha hecho en edad más temprana, que existe una función de la que se habla muy poco, que es la de reproducción, que presenta características especiales por hallarse ligada a sentimientos y deseos fisiológicos que constituyen el instinto sexual; esta función, señala POTER, supone la existencia de órganos, exigencias e impulsiones que necesitan la intervención de la razón y de la voluntad para ser reprimidos y dirigidos y presenta una fragilidad particular que debe ser tenida en cuenta.

Como siempre, también aquí debe adaptarse el educador a la edad, cultura y medio ambiente del joven; hay que tener en cuenta las extraordinarias diferencias de desarrollo mental, de educación y de medio familiar en niños de la misma edad, por lo que debe evitarse una enseñanza rutinaria determinada sistemáticamente al llegar a cierta edad. Debe señalarse también que esta educación no consiste únicamente en un momento de aclaración, terminado el cual ya puede considerarse la cuestión como resuelta; más bien es necesario el comienzo precoz de las explicaciones que deben desarrollarse paulatina y continuamente en ciertos momentos de oportunidad psicológica en que parezca conveniente la ampliación de conocimientos en esta esfera.

Al tratar de la formación espiritual del niño y el joven no puede olvidarse un factor tan importante como el trabajo entendido en el más amplio sentido de la palabra, es decir, comprendiendo en él el juego y el deporte.

A pesar de la opinión de TAYLOR de que una sublimación completa del impulso sexual por medio del trabajo o de actividades recreativas no es posible más que para algunas personas dotadas del privilegio de concentrarse en esfuerzos creadores, MARAÑÓN afirma que la mejor fórmula práctica para la pedagogía de la diferenciación de los instintos es, en el varón, el estímulo del trabajo y en la mujer la preparación para la maternidad, considerando estas actividades no como preceptos de moral, sino como procesos justificados desde el punto de vista biológico, puesto que resulta evidente que la actividad social del hombre, ya en su forma legítima y creadora que es el trabajo, ya en la modalidad secundaria y estéril del deporte, representa un equivalente fisiológico de la función sexual.

* * *

Una actividad bastante desatendida hasta ahora en la educación, que posee a la vez características de trabajo y de juego, es el Arte. El sentido estético dice CARREL, existe tanto en los seres humanos más primitivos como en los más civilizados; la vida actual ha embotado en gran parte el sentido estético aunque permanece en potencia en la mayor parte de los individuos y la educación debe procurar el desarrollo de este sentido capacitado a los hombres para gozar de la belleza, tanto en su contemplación como en su creación.

WOOLLEY cuenta como actividades estéticas la música, la pintura y el dibujo, el modelado, el teatro, la poesía y la literatura, señalando cómo la capacidad de gozar de ellas es una marca de superioridad, por lo que propugna que el problema que plantea la organización de la vida moderna, que permite disfrutar de mayores ocios a los individuos, debe resolverse enseñando a los jóvenes a apreciar el Arte y animando los intentos de creación y dando a conocer estas actividades estéticas muy precozmente, en la infancia, lo que capacitaría a los adultos para un pleno disfrute.

En el arte infantil hay que separar, según GAUPP, dos problemas: Uno, conocer lo que llama la atención del niño, los colores y formas que prefieren sus ojos, los sonidos y ruidos que complacen su oído, la amplitud que tiene el placer estético en niños de diversas edades. Otro, el comportamiento del niño como artista, cómo dibuja, esculpe, canta o hace poesías, en qué forma se desenvuelven sus dotes creadoras, el camino que sigue su facultad de expresar las sensaciones y representaciones en formas, colores, sonidos o versos.

¿Qué agrada más al niño pequeño? ¿Qué ruidos y sonidos, qué colores y formas prefiere en general? En la esfera musical muy poco puede decirse ya que en los primeros años mientras unos niños muestran satisfacción ante la melodía y el ritmo, otros manifiestan con lloros su disgusto; cuando el niño tiene dos años, y excepcionalmente antes de esa edad, da a veces signos de contento al oír determinada música y en ocasiones se aprecia que el instinto de

imitación los impulsa a la repetición de series melódicas de sonidos; a los tres o cuatro años gustan de marcar el compás con tambores u otros instrumentos análogos. Por regla general suele estar más prematuramente desarrollado el sentido para el ritmo que para la melodía; los niños de cuatro a cinco años pueden reconocer canciones que han oído cantar con cierta frecuencia, a veces hasta acompañan el canto. La música debe hallarse presente en el ambiente del niño sin solicitar expresamente su atención. En cuanto a la habilidad musical debe distinguirse entre la disposición para tocar instrumentos y la creativa; ambas necesitan aptitudes poco corrientes que deben considerarse como congénitas (Mozart, Beethoven, etc.), por lo que, aunque la música debe darse a todos los niños, sólo a los excepcionalmente dotados puede enseñárseles de una manera especial precozmente.

GROOS ha investigado la reacción estética en niños de cinco a seis años ante la presentación de figuras sencillas, regulares o irregulares, consiguiendo un comportamiento espontáneo; las niñas mostraron más sentido del color y los niños de la forma; en todos ellos tenía mayor importancia el contenido que su representación artística, por lo que, en general, no mostraron interés por los defectos de proporción o de perspectiva. Las investigaciones sobre el sentido estético de los colores en los niños de cuatro a seis años han dado por resultado que existen preferencias por el azul, el rojo y el amarillo, que los colores intensos son percibidos con más satisfacción que los pálidos, mientras el gris produce sensación de desagrado; la variación de los colores es más placentera que su repetición; la conducta receptiva pura, la mera contemplación de las formas o de los colores, difícilmente se observa en el niño.

GAUPP distingue tres grados en los dibujos infantiles que van desde el simple garabato sin sentido hasta el esfuerzo para la imitación real, aunque imperfecta, que aparece de los cuatro años en adelante, produciendo entonces preferentemente hombres, animales y casas y muy pocas veces figuras geométricas o adornos. El moldeado con plastilina con fines definidos puede empezar excepcionalmente a los cuatro años, pero su período habitual de actividad se halla entre los seis y los catorce, creando entonces los más variados objetos. Por otra parte, en cuanto al niño, domina la «narración», empieza a contar «cuentos» que pueden alcanzar cierto valor estético, a veces ya desde los tres años; en ocasiones sus tendencias dramáticas le inducen a poner en escena cuentos o historias que conoce.

Por todo ello afirma WOOLLEY que un niño, a partir de los cinco años, debe tener los mayores contactos con actividades de tipo artístico por sencillas que sean; debe fomentarse la construcción manual, la narración de cuentos, la producción de dibujos, pinturas, el modelado, etc. Ya a partir de los cuatro años puede jugar con arena o con bloques de madera o corcho y construir casas y pueblos, trenes, puentes, etc.; las niñas, por la misma época, juegan con sus muñecas, las desnudan y las visten; cuando todas estas actividades no se bastan a sí mismas, sino que están dirigidas a conseguir algo bello, nos encontramos ya en la esfera de los sentimientos estéticos.

Ha de tenerse en cuenta que los intereses y aficiones varían en los niños

según el sexo y con arreglo a la edad, siendo comunes al principio y diferenciándose con el crecimiento (CLAPAREDE); así, los juegos consistentes en ejercicios físicos persisten en los muchachos hasta la adolescencia, mientras que en las niñas van declinando rápidamente a partir de los ocho o nueve años en que empiezan a preferir ocupaciones manuales más sedentarias. Los muchachos leen de preferencia relatos de aventuras, historia, ciencia y biografías, en tanto que a las niñas les agradan más las leyendas y las novelas; VOSTROVSKY encontró que el 76 por 100 de chicos y sólo el 24 por 100 de chicas gustaban de los libros de aventuras, mientras que aquellos en que los protagonistas son niños eran leídos con agrado por el 52 por 100 de muchachas y sólo por el 12 por 100 de muchachos; según KATZAROFF los niños dibujan de preferencia animales, barcos y trenes, jinetes y bicicletas, en tanto que las niñas prefieren dibujar flores, figuras geométricas y objetos.

Otra actividad en la que los sentimientos estéticos tienen gran intervención es el coleccionismo cuyo fomento se recomienda por MONEVA para la adecuada educación cristiana de los hijos. BURK señala que el coleccionismo va creciendo hasta los diez años para disminuir después lentamente; al principio se dirige a objetos (sellos, estampas, etc.) o seres naturales (insectos, etc.) que se amontonan simplemente por el placer de poseer, después se busca un fin más remoto concediéndoles valor a las cosas en sí y exigiendo que el elemento generalizador sea la belleza (maquetas, estatuas, cuadros, dibujos, fotografías, etc.); LÓPEZ LANDA indica que las colecciones de cualquier persona culta o que aspire a serlo, deben poseer, sobre todo, un valor educativo.

Al llegar la adolescencia es cuando el Arte puede llegar a constituir una aspiración auténtica y consciente sintiéndose por vez primera profunda y verdaderamente si las tendencias estéticas han recibido una adecuada educación previa. El interés difuso que antes existía va diferenciándose y reduciéndose a menos objetos, limitándose cada vez más hasta fijarse en una sola actividad.



Como resumen de lo dicho señalamos la gran importancia del onanismo en la niñez y en la juventud por su frecuencia y por las alteraciones de orden espiritual que puede llegar a producir, principalmente en sujetos predispuestos; recordamos su aparición espontánea o por inducción en la edad escolar o en la pubertad; deducimos la necesidad de adoptar medidas conducentes a evitar estas prácticas e indicamos la importancia que para ello tiene el establecimiento de una adecuada educación sexual y junto a ella el fomento del juego, del deporte y del trabajo, y, finalmente, del Arte que participa de esas tres actividades.

Como conclusiones prácticas proponemos: En la primera infancia suprimir cualquier motivo de irritación de los órganos genitales, así como el excesivo énfasis prohibitivo sobre las exploraciones que lleva a cabo el niño en su organismo; fomentar las actividades creadoras del niño en el juego y rodearlo de una atmósfera en la que no falten manifestaciones artísticas; contestar sincera y sencillamente las preguntas que el niño formule para satisfacer su curiosidad

en la esfera sexual, realizando esta tarea los padres que han de ser previamente instruidos si fuese necesario.

En la edad escolar facilitar la información requerida por el niño, lo que debe hacerse de una manera puramente individual; el interés pasa de la casa a la escuela y del padre al maestro, por lo que éste debe ser, a su vez, cuidadosamente ilustrado en estas cuestiones; evitar los peligros que representan las lecturas pornográficas, las películas y los compañeros con precocidad sexual por la gran sugestibilidad del niño a esta edad.

La pubertad es el momento crucial en la educación sexual; según TRAMER es en esta época cuando realmente empieza a existir la «necesidad sexual», por lo que es entonces cuando el niño debe ser ayudado a combatirla; con la simple prohibición del onanismo no se logra, por lo común, su desaparición; al contrario, se transforma en una actividad secreta que puede resultar aún más nociva. Debé fomentarse la resistencia a esta «necesidad sexual» procurando la creación de un objetivo vital preciso que merezca a los ojos del niño el esfuerzo necesario para resistir los impulsos sexuales; el objetivo adecuado a estos fines puede ser la satisfacción del anhelo de creación, es decir, el fomento de las aptitudes artísticas y su utilización en la práctica. Por otra parte, en la pubertad, alrededor de los doce años, aparece en el desarrollo de la personalidad del niño un viraje que debe ser aprovechado para su educación; es un momento muy importante de su desenvolvimiento en el que aparece la conciencia social y en el que el niño se da cuenta de que pertenece a una colectividad en la que ha de desempeñar una función; simultáneamente con la conciencia de su propia personalidad se hacen presentes los sentimientos del deber y de la responsabilidad. Teniendo en cuenta todo esto, las buenas costumbres relativas a la alimentación, juegos, deportes, limpieza, etc., deben establecerse de una manera definitiva al llegar a la pubertad preparando así al muchacho a regular todos sus impulsos, incluidos los sexuales; es entonces cuando deben fomentarse la regularidad en el trabajo, el acostumbramiento al esfuerzo continuado y lento, el respeto de sí mismo, la obediencia a la disciplina; MILES señala también la importancia de los ejercicios físicos y del deporte a partir de esta edad. Finalmente, conviene crear «esferas de interés», ordenar alrededor del muchacho un ambiente cargado de sugerencias culturales, acelerar sus diversas formas de actividad y formar otras nuevas a partir de sujetos de interés que ha de procurarse convertir en metas ideales de vida.

Tanto en la pubertad como en la adolescencia debe continuarse la «aclaramiento sexual» iniciada en la edad escolar ampliando los conocimientos del muchacho en estas materias de una manera discreta y sencilla, bien por parte de los padres si están capacitados para ello o por los maestros, siempre de un modo estrictamente individual; en la adolescencia debe intruírse al joven acerca del sentido de las poluciones nocturnas y explicarle el peligro del contagio venéreo al mismo tiempo que se le indica que la madurez sexual no se identifica con la conveniente y necesaria para el comercio sexual; por otra parte, ROURA sugiere que teniendo en cuenta que, por lo común, el joven se interesa más por los problemas éticos que por los fisiológicos, debe inculcárséle que las tendencias

del hombre, en general, no siempre deben ser satisfechas, sino que hay que sujetarse a una regulación ética. En la adolescencia es muy importante procurar el aislamiento de la sexualidad que, de otro modo, se entremezcla de manera casi permanente con las restantes actividades; para ello debe interesarse al joven en su desarrollo físico, en su cultura, en su porvenir, en el desenvolvimiento de su personalidad y en su contacto con el trabajo, con la naturaleza y con el arte; en esta época es igualmente muy necesaria la vigilancia y selección de lecturas, de películas y de compañeros.

Es preciso señalar que para lograr una buena regulación del instinto sexual y ayudar a su educación debe asegurarse la posibilidad de ejercitarlo en plazo relativamente próximo a su completa maduración; de donde se deduce la necesidad de disponer de un camino fácil y corto para obtener la independencia económica que permita la creación de una familia; esta cuestión, de carácter social, no puede entrar en los límites marcados a estas orientaciones.

Igualmente soslayamos, por apartarse del tema, la importantísima función que en el niño y en el adolescente desempeña la precoz y completa formación religiosa y su afianzamiento y desarrollo paralelo al desenvolvimiento de la personalidad; los sentimientos religiosos son el mejor instrumento para frenar los apetitos.



Todo lo que antecede parece dirigirse únicamente a los varones; en realidad el problema se centra sobre ellos porque es en los que parece revestir mayor importancia, al menos en nuestro país, en el que la peculiar educación de las muchachas y su idiosincrasia las preserva en gran parte de anomalías en su conducta sexual; sin embargo, debe igualmente en las niñas establecerse una educación adecuada y es necesario instruir las al llegar a la pubertad en las causas y significado de la menstruación; a lo largo de su desenvolvimiento debe formarse su espíritu por el fomento y desarrollo de sus instintos maternales. Gran parte de las directrices establecidas para los muchachos deben ser utilizadas en la educación correcta de las jóvenes teniendo en cuenta las diferencias que separan a unos y otras, correspondiendo a las madres el papel de educadoras de sus hijas.

En uno y otro sexo, a lo largo de las distintas edades, la resolución de los problemas sexuales que puedan presentarse, y principalmente la profilaxia del onanismo, deben ser confiados al trabajo, en cualquiera de sus formas, a la educación sexual adecuada y a la más correcta formación ética y religiosa. Tomando una bella frase de MARAÑÓN: «La fórmula pedagógica podría expresarse en estos tres consejos: Guerra implacable al ocio, matrimonio temprano, y, desde luego, dar al alma lo que es del alma, o, si se prefiere, a Dios lo que es de Dios.»

AGUSTÍN SERRATE TORRENTE
Neuropsiquiatra.